

LA VIDA INTERIOR Y LA LITERATURA

La observación de la vida interior, la introspección, es deporte fundamental para quien desee hacer algo de cierta consistencia en materia literaria. Observar el mundo externo es andar medio camino. Observar el mundo interno es andar el otro medio. Hay, pues, que aprender a conjugar desde temprano el nuevo verbo “adentrarse”.

Al hablar de vida interior nos referimos a la vida afectiva iluminada por la conciencia, no a los estados neutros del espíritu a que aludimos más adelante.

Nada existe tan asombroso y que menos asombre, porque el hábito embota nuestra capacidad de asombrarnos, como el prodigio de la conciencia, como esa posibilidad que tiene el hombre de desdoblarse en agente que observa y en paciente que se deja observar. Esa posibilidad yace en todos, pero en la mayoría el observador es un centinela dormido. Los más sufren y gozan, y hasta viven en estado pasional permanente, y no se repliegan sobre sí mismos, no se examinan por dentro. Sus *agitationes animi* pasan y se pierden como sismos que ningún observatorio registrase.

Y bien: la despreocupación de lo que acontece en el espíritu, puede tenerla sin riesgo y acaso con algunas ventajas, todo el mundo menos el escritor. En el escritor es un suicidio, pues nada fundamental es posible hacer sin el aporte subjetivo. Ya se sabe: el valor de lo que se escribe depende en mucha parte de los sentimientos vividos trasvasados a la obra. A esto llamamos subjetivación del arte, hecho importantísimo porque subjetivar el arte es transmitirle sustancia humana y la sustancia humana es uno de los ingredientes que dan vitalidad a las letras. Una obra no se olvida si el lector se encuentra en ella. Y se encuentra en las que son profundamente humanas.

Y son profundamente humanas cuando el autor en lugar de conjeturas ha puesto sangre de su corazón. Deshumanizar el arte es secarle las ubres, es hacerlo machorro.

Ningún escritor de garra desperdicia sus penas, que son los estados afectivos más asiduos. Lo sabía Heine:

*¡Ay, de mis penas más graves
compongo breve canción!*

El dolor es la veta más fecunda del arte. Quien no haya padecido hondo, quien no haya pitado del fuerte, será cuando mucho un artista amable y superficial; y aunque suene a paradoja, nunca llegará a gran humorista, porque los grandes humoristas se reclutan entre hombres de vida trajinada y atormentada. En el humorismo hay dolor trasmutado en sonrisa.

Casi todas las grandes figuras del arte han pagado un fuerte tributo al dolor. Cuanto más arriba, más castiga el viento. Leemos sus biografías y nos apena que hayan sufrido tanto. No pensamos que gracias a ese sufrimiento se han depurado y que ese sufrimiento ha contribuído a hacer más hondamente humana la obra realizada. El escritor utiliza sus dolores y al utilizarlos se desahoga. Este desahogo es una de las pocas ventajas que tiene el artista sobre el filisteo.

He ahí por qué es indispensable para quien escribe adquirir la costumbre del análisis interior. Naturalmente: ningún escritor de esos que acuden con preferencia a las fuentes vivas, se limita a beber en una sola fuente, sino que combina, aún sin proponérselo, materiales extraídos del mundo exterior y del mundo interior. Ahora que, por razones de temperamento, a veces por determinismo racial, predomina un material sobre el otro.

Puesto en la tarea, notará el novicio que durante horas y durante días, nada acaece en el espíritu digno de anotarse. Dará con estados de conciencia al parecer baldíos. Esto es frecuente en las vidas tranquilas, regulares, metodizadas por el reloj, por las ocupaciones, por los hábitos. Pero a medida que se haga fino catador de sí mismo, irán disminuyendo esos momentos aparentemente vacíos. Encontrará muchos estados

de conciencia que, sin ser dramáticos, tienen su punta de emoción o de afectividad.

A menudo el estado afectivo precede al intelectual o consciente. Estamos, por ejemplo, tristes, o contentos, o malhumorados, y no sabemos por qué. El grueso de la gente, en situación parecida, no se lo pregunta, y la tristeza, la alegría, el malhumor, desaparecen como vinieron. Pero si hurgamos un poco, toparemos con la causa. Bécquer, el triste, un día llega a su casa alborozado. Es la suya una alegría huérfana de elemento intelectual. La expresa escribiendo: ¡Hoy creo en Dios!

*¡Hoy la tierra y los cielos me sonríen
Hoy llega al fondo de mi alma el sol!*

¿Qué ha pasado? Casi nada: ha pasado ella. La alegría tiene una causa: “Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...” No hay tónico como ése.

Asistamos al casamiento de Ema con M. Bovary. El padre de la novia es un pequeño burgués y, como tal, interesado. La noche de las bodas, el viejo se retira contento. Y al torcer por uno de los viales, mira la casa de los desposados, todavía iluminada, y suelta un suspiro de satisfacción. Es algo que le brota de muy adentro, sin reflexión, naturalmente.

Flaubert reflexiona por él. Escarba en esa alma y busca el motivo de ese contento, y lo encuentra en la complejión egoísta de su personaje: el viejo está satisfecho porque ¡al fin! se ha librado del sostenimiento de la muchacha.

En resumen: primero sentimos, después razonamos sobre lo sentido, después escribimos sobre lo sentido y razonado.

Para el estudio de los propios estados afectivos, no debe olvidarse una verdad elemental, a saber: que son a menudo, como el estilo, “una resultante fisiológica”. El optimismo, la alegría de vivir, así como la misantropía y el humor endiablado, suelen ser una simple cuestión de vísceras o de glándulas. Basta un resfrío para que el mundo parezca gris.

El hombre que escribe ha de habituarse a dialogar consigo mismo, imitando esta buena costumbre de los locos. Es el mejor camino para conocerse y, por tanto, para acercarse

a Sócrates. Desdoblada la personalidad, una parte se convierte en cronista de la otra.

En general, todos tenemos de nosotros mismos un concepto excelente. Por eso, si atacados, nos defendemos con tanto brío y convencimiento, y consideramos todo cargo una injusticia. Pero si nos acostumbrásemos al coloquio íntimo, a desnudar nuestra alma como si estuviera en presencia de Dios, constataríamos que no somos las "bellísimas" personas que creemos, que algunas veces en el bajo fondo de esa alma viborean sentimientos inconfesables. Así, hay herederos que frente al difunto sienten *a su pesar*, en la sima del corazón, como un aleteo de alegría; amigos que ante el buen éxito del amigo no pueden reprimir una pequeña comezón de envidia; mujeres que al enterarse de la caída de otra mujer experimentan, en lo más recoleto de su intimidad, una pizca de maligno placer.

No es cosa de avergonzarse demasiado de los sentimientos ruines que se deslizan como gusanos por los sótanos del espíritu, porque son resaca de una complicadísima herencia. ¿Y tiene uno que responder por las taras de sus antepasados? Además, también en los santos hocicaron sentimientos viles. La virtud no está en no tenerlos sino en sofocarlos, en no dejarlos asomarse al sol.

El hombre de letras saca partido de todo lo que encuentra en sus "moradas", bueno o malo. Y si crea personajes los humaniza inoculándoles ese material psíquico. Es el único medio de evitar la falsedad psicológica, pues nadie puede expresar con la fuerza de la verdad una pasión humana sin haberla sentido alguna vez. Lo dijo Horacio con palabras definitivas: *Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi*. Y otros lo repitieron redescubriendo esa verdad.

Esa verdad reaparece en este apotegma del Arcipreste de Hita: "e por tu corazón juzgarás el ajeno", equivalente a este aforismo emersoniano: "todo lo que está en otros está en nosotros". Lo aplica Ibsen y al crear sus personajes todo lo busca en sí mismo y todo sale de su corazón. Dice Rubén Darío en *Los Raros*, a propósito del gran escandinavo: "Es en sí propio donde encontró el mejor venero para estudiar el principio humano. Hizo la propia vivisección. Puso el oído a su propia voz y los dedos al propio pulso. Y todo salió de

su corazón”. Y agrega insistiendo: “Ha exprimido su corazón, ha sondeado su océano mental, ha penetrado en su oscura selva interior: es el buzo de la conciencia general en lo profundo de su propia conciencia”.

Es muy conocida la contestación de Flaubert cuando se le preguntó quién era Mme. Bovary, pues una criatura tan viviente no podía ser sino traslado de una realidad. La contestación fué ésta: Mme. Bovary soy yo. Contestación bien ilustrativa. Nos revela que también este novelista psicólogo penetraba en el corazón ajeno por la vía del propio corazón. Ahora es lícito conjeturar que aquel sentimiento que endosaba al padre de su heroína, lo había sacado de algún escondido repliegue de su espíritu.

Cuando hemos sido víctimas de un traumatismo moral y tenemos el corazón desgarrado, no estamos en condiciones propicias para registrar estados emocionales. Hay, además, dolores que por su naturaleza anotarlos en vivo sería profanarlos. Hacer literatura cuando estamos lacerados por la pérdida de un ser muy querido es prostituir el dolor. Pero más adelante, cicatrizada la herida, podemos — prodigio de la voluntad — revivir el viejo estado emocional. Es claro: la emoción revivida nunca tendrá la intensidad de la emoción primera.

Somos pequeñas máquinas de olvidar, ha dicho Barbusse como azorado por la facilidad con que él — y como él los demás combatientes de la guerra del catorce — olvidaron las penurias, las zozobras, las agonías de las trincheras. Mas no se olvida del todo. Es probable que Remarque no haya escrito una línea de *Sin novedad en el frente* mientras estaba metido en la vorágine. Debió escribir después, ya en su casa, tranquilos el corazón y los nervios. Pero, seguramente, al recordar su odisea y revivirla con el pensamiento, más de una vez el pulso le habrá flaqueado.

El recuerdo entonces resucita las viejas emociones, las cuales, a medida que se alejan en el tiempo, se van haciendo más débiles y también más dulces. Es experiencia de todos: el desgarramiento que nos produjo la muerte de un ser querido, se va convirtiendo con los años en un recuerdo cada vez menos lancinante. Ese recuerdo ya dulcificado es la materia psíquica de las elegías. La de Manrique que todos, desde chicos,

guardamos en el corazón y en la memoria, es uno de los exponentes más bellos de un dolor ya serenado. Cuando Víctor Hugo pierde a su hija, no escribe — no habrá podido — aún tibios los despojos amados. Espera el aniversario y en una preciosa elegía, *En Villequier*, vertida primorosamente al español por Carlos Obligado, desahoga su congoja ya amansada por el tiempo. La misma espera en Lope cuando recuerda a Isabel de Urbina.

Como se ve, los estados afectivos pasan por dos momentos: uno caliente y otro frío, para decirlo de alguna manera. Ahora bien: cuando escribimos en caliente — si ello es posible — empleamos la efusión lírica. Y cuando escribimos en frío, reviviendo y desmenuzando lo que hemos sentido, hacemos análisis psicológico.

Géneros literarios enteros, como la poesía lírica, y especies literarias tan importantes como la novela confesional y la novela psicológica, como el egotismo literario y la crítica impresionista, se nutren de las agitaciones del ánimo, de las conmociones interiores, ya expresadas en forma de efusión caliente o en forma de frío análisis.

La poesía lírica, va sin decirlo, lleva como denominador común un sentimiento expresado en caliente. El poeta lírico no disuelve con el análisis sus estados afectivos. Los toma tal como surgen, en liquidez de lava, y así los vuelca en los recipientes estrófico. De ahí que la poesía lírica sea la más espontánea, ingenua y pura manifestación de la actividad humana.

El lírico si bien no enfría con el razonamiento o con el análisis su estado emocional, conoce la causa que lo origina, casi siempre un excitante externo. Sus emociones bajan y suben como teclas de pianola. Pero no es difícil dar con el pianista invisible. El lírico lo encuentra. Por eso hermana en su canción el estado emotivo con el agente que lo produjo. La variedad de excitantes ha originado la variedad de especies líricas que figuran en las preceptivas literarias.

Estas especies líricas nacieron con su ropaje externo privativo, porque nacieron en Grecia y los griegos daban mucha importancia al aspecto formal de la poesía. No era lícito emplear cualquier metro: la épica, la dramática, la citarística, exigían vainas mélicas distintas, y de ahí la profusión de de-

signaciones: hexámetro, pentámetro, tetrametro, verso adónico, sáfico, dactílico, anapéstico, espondaico, etc.

Pero en una clasificación de la poesía lírica, todo esto es adjetivo. Lo sustantivo es la naturaleza de la emoción reflejada. Ahora bien: ¿cuál es la emoción dominante? No hay duda: es la emoción amorosa, como la más vecina de la entraña. El hombre es un animal de presa y de sexo. Lo dijo alguien que lo sabía:

*“El mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra plazentera”.*

Para el varón nada existe en el universo comparable con una linda mujer, ni siquiera un cielo estrellado. El que diga lo contrario o es un hombre caduco, o es un *corydon*, o es uno que habla mal de la comida después del hartazgo. La mujer es entonces el revulsivo más poderoso, el agente externo que zarandea con mayor violencia el corazón del poeta. Y el hombre para la mujer.

La lírica atrapa, como una antena, todas las vibraciones del erotismo: el amor presentido, el amor pregustado, la euforia del amor correspondido, el torcedor de los celos, la melancolía del amor sin esperanzas, la tibieza del amor costumbre, el hastío de la saciedad.

Después de la emoción de la vida que es el amor, la emoción de la muerte: miedo trascendente, miedo metafísico, miedo al enigma terrible,

*“y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!”*

y congoja por lo irreparable, por la pérdida de lo que más queremos. Como el amor, la muerte es motivo lírico que no envejece. Cada poeta, doblado por su tragedia, se desahoga con lamentaciones y quejumbres elegíacas que parecen nuevas. Los lugares comunes afectivos expresados con hondura, con lacerada sinceridad, dejan de serlo: parecen dolores vírgenes, inéditos. Y es que para cada hombre el mundo comienza y acaba con su vida.

Otras muchas emociones nutren la vena lírica: la emoción de naturaleza que dió la égloga, la emoción de Dios que dió la mística, la emoción de patria que dió el himno, el sentimiento de humanidad y fraternidad que dió odas civiles... y composiciones de juegos florales. En epitalamios, en canciones de cuna, en poesías hogareñas, se expresan la emoción de la esposa, la emoción de los hijos, la emoción de la familia.

La lírica, como recipiente de emociones, se transforma en un documento psicológico de primer orden. En efecto, a través de la lírica — y estas excursiones le gustaban al crítico M. Girardin — puede seguirse paso a paso la evolución de un sentimiento, sus tornasoleos, sus matices, y puede sospecharse cómo lo vivieron hombres de pueblos y de épocas distintas. Un ejemplo: la lírica nos revela que el amor — engañifa siempre del sexo — no se ha sentido en todas las épocas con la misma tonalidad: era erotismo báquico y grosero en la Grecia campesina de Anacreonte; sublimación cristiano-caballeresca en la Edad Media de los trovadores y en la Italia culta de Dante y de Petrarca; galantería almibarada y retórica en los siglos refinados de las églogas renacentistas; fineza ceremoniosa en la Francia de los Salones; pasión melancólica y obsesiva en la era romántica; y sensualismo aburguesado en las generaciones post-románticas.

A las emociones normales pueden sumarse las morbosas, las cuales en los últimos años han enriquecido la lírica con “escalofríos nuevos”. Poetas como Poe, como Baudelaire, como Verlaine, como Herrera y Reissig, desquiciado el espíritu por obra del alcohol y de los alcaloides, han dado expresión a estados emotivos no comunes. Extremando esa postura, se ha perseguido lo raro, se ha buscado la novedad, buceando en las zonas crepusculares del espíritu, en el subsuelo de la conciencia, y se han puesto trampas a los sueños para que no se dispersen con la vigilia. Y toda esa materia psíquica, nebulosa, onírica, fronteriza, se ha vaciado en la gelatina del versolibrismo.

Ya se sabe: no todo es alboroto en el espíritu, estado pasional. Entre agitación y agitación hay, felizmente, hiatos de reposo, más o menos largos, más o menos frecuentes, estados intelectuales, al parecer baldíos, según dijimos al principio.

Sólo al parecer: son acaso los más fecundos, los más propicios para pensar, aún admitiendo como el filósofo romántico que los grandes pensamientos vengan del corazón. El poeta no los desperdicia: dan un lirismo suave, una poesía cerebral, alguna vez vecina de la épica.

Sócrates llamaba a la inspiración “furor divino” y afirmaba que sin ese furor divino no había poesía. También lo dijo el Padre Feijóo: “el furor es el alma de la poesía”. Sin embargo, en todas las edades ha habido poetas que han trabajado con estados de conciencia limpios de furor, con el espíritu en punto muerto. De este lirismo frío ha frutecido la poesía didascálica, han nacido las fábulas, los epigramas, las sátiras, la poesía festiva y la muchedumbre de composiciones “fabricadas”, hechas conforme a un recetario, imitación consciente de modelos.

La parnasiana fué espécimen acabado de poesía cerebral. Serena, impassible, marmórea — según los calificativos consagrados — reflejaba momentos tranquilos del ánimo. Al arrebató de los románticos y a su azogada gesticulación, oponía el estudio ahincado y la faena benedictina. El poeta escandía los versos con severidad de fiscal y seleccionaba las rimas y los vocablos como mujer en joyería. Leconte de Lisle supo, como Malherbe, el poder de una palabra puesta en su lugar.

Volvamos a los estados emotivos. También sirve la prosa para la proyección en caliente de la propia intimidad. La generación romántica, generación de “pelícanos” que roían sus propias entrañas, como dijo doña Emilia, de hipersensitivos, solía descargar el corazón en una prosa de afectividad temblorosa. Esa afectividad, esa lava, constituyó la sustancia de la novela lírica o confesional.

La novela en sus orígenes — prosificación de cantares de gesta — es un género épico. Y han sido temperamentos épicos sus más grandes cultores: Cervantes, Manzoni, Balzac, Dickens, Flaubert, Zola, Tolstoi... Todos ellos dan la impresión de que “balconean” la comedia humana sin mezclarse en ella. Son hombres dotados de la prodigiosa aptitud de anular aparentemente su personalidad y de crear personajes bien diferenciados y sin parecido con el autor. En el teatro Shakespeare logró, como nadie, esta milagrosa impersonalidad.

Esa aptitud no distingue a los novelistas de temperamen-

to lírico. En sus ficciones no hay más que un personaje, por mucho que abunden los nombres. Ese personaje es el autor. El autor que habla siempre de sí mismo por boca de sus criaturas. D'Annunzio lo confiesa en *Il fuoco*: “*io non so parlare se non di me*”.

Los líricos, invadiendo el campo de la novela, crearon, en el amanecer del romanticismo, la novela confesional o confidencial. Un antecedente es *Manon Lescaut*, en cuyas páginas el Abate Prévost eternizó, haciéndolas públicas, las borrascas de una pasión vivida, juvenil, loca y ciega. A la misma tribu pertenecen otras dos novelas famosas del siglo XVIII: *Werther* y *La Nouvelle Héloïse*, las cuales engendraron esa larga progenie que citan las historias de la literatura y que floreció durante la sazón plena del romanticismo, y de la cual sobreviven *Jacobo Ortis*, *René*, *Corina*, *Adolfo*, *Obermann* y pocas más.

En algunas (por ejemplo, en *Manon* y en *Adolfo*), la realidad exterior, como en los libros de caballerías, apenas cuenta. El marco físico de los sucesos aparece de una manera vaga, imprecisa, como si fuera imaginado, o como si el autor no hubiera tenido tiempo de prestarle atención, absorbido por las turbulencias de su vida interior.

En otras novelas del mismo linaje el mundo exterior interviene, pero subordinado al subjetivo. Así en *La Nouvelle Héloïse*, Rousseau, como se ha dicho hasta el cansancio, reincorpora el paisaje a la literatura, termina con las campiñas de gobelino o de abanico, con el paisaje retórico de la égloga renacentista. En sus caminatas de solitario, se connaturaliza con el medio alpino, con sus montañas, sus valles, sus ríos, sus bosques, y nos da la emoción de todo eso, el paisaje convertido en “estado de alma”. De ahí que distingamos el paisaje romántico del paisaje realista. En el primero hay más vida interior, en el segundo más fotografía.

La novela lírica nace con el pecado original de ser una confesión a medias, como todas las confesiones destinadas a la publicidad. Al igual de la luna, nos presenta sólo la fase iluminada, pues hay secretos del corazón que no se exhiben en la feria, o se exhiben adulterados. La vanidad es más fuerte que la verdad. Si el autor cayese en la confesión plena, se-

ría tildado de cínico, de impúdico, de inmoral, y escribiría para los rincones secretos de las bibliotecas.

De este pecado no adolece la novela psicológica. La novela psicológica se construye con materia psíquica — experiencias del autor — tamizada, clarificada y enfriada por el análisis. Esta novela nació y prosperó en el siglo XIX, pero ello no significa que en épocas anteriores no se utilizara la materia psíquica. Lo que ha cambiado es la técnica. Pensemos en el *Quijote*. Cervantes muestra al héroe por fuera y *por dentro*. Sabemos cómo es su físico y cómo su alma. Y esto último por sus palabras y por su conducta, y no porque Cervantes nos haya hecho una exhibición expresa de esa alma. Lo mismo acontece con los personajes de teatro: sabemos cómo son por dentro según lo que hacen y lo que dicen.

Ahora bien: el novelista psicólogo nos economiza ese trabajo. A través de toda la novela nos va enterando, como un testigo indiscreto, de cómo es, de cómo reacciona, de cómo está el alma de sus personajes. Nos dice, por ejemplo:

Elvira estrechó fría y ceremoniosa la mano de Enrique. Hablaron de cosas indiferentes como dos extraños que se encontrasen por primera vez. Ni una mirada, ni un músculo de la cara la traicionó.

Y ahora interviene el testigo indiscreto: Nadie hubiera sospechado en esa mujer estatuaria y enigmática, a la cuitada y doliente de la noche anterior. Nadie hubiera sospechado su agonía, su desesperanza, sus celos rabiosos por ese hombre a quien adoraba y ante quien, por la tiranía del pudor y del amor propio, debía conservar intacto su torturante secreto.

Los franceses consideran como padre del psicologismo a Stendhal. En efecto, en *Le rouge et le noir*, su novela cuspide, hay, además de truculencias de folletín a lo Alejandro Dumas, su contemporáneo, — concesión al gusto de la época — y de una captación auténtica de lo externo aprendida en Rousseau, en Saint-Pierre, en Chateaubriand, un elemento nuevo: el análisis psicológico, la penetración en los vericuetos del alma humana, la anatomía del espíritu, y la exhibición pública de las entretelas de ese espíritu.

El psicologismo de Stendhal tuvo en Flaubert un eximio continuador. Algo dijimos en líneas anteriores sobre los sondeos del mundo interior en *Madame Bovary*. A fines del siglo

se extrema el procedimiento. Pablo Bourget, en una de sus novelas más típicas, *El discípulo*, abruma al lector con páginas y páginas de hurgamientos psicológicos. Y Marcel Proust, ya en nuestro siglo, lleva el psicologismo a límites difícilmente superables. Entre nosotros, Juan P. Ramos se lució escribiendo *La vuelta de las horas*, novela de almas. Que el autor sabe pintar la vida externa lo demuestra su libro de estampas *Visiones de Italia*. Pero en la novela la excluye, acaso para que resalte más la vida interior de sus criaturas.

Los rusos, y en especial Dostoiewsky y Tolstoi, fueron peritísimos en esta delicadísima arte. Dostoiewsky tenía en grado eminente la aptitud del eslavo de recorrer sin extrañarse los escondrijos más cavernosos de un alma complicada. Recordemos *Crimen y castigo*. En esta novela lo externo es elemento secundario, apenas existente. El “*pivote*” de la novela es el alma de un atormentado, autor de un crimen estúpido. Después del crimen comienza en el protagonista un tremendo drama interior. Anda por el mundo a la deriva, con su crimen a costas, como un juguete de los acontecimientos. Pero no es un caso común de remordimiento, como el de *Teresa Raquin*, pues el asesino no se arrepiente, sino uno de esos casos teratológicos, de almas enmarañadas, descentradas, contradictorias, a que es tan afecto el psicologismo ruso.

De Tolstoi recordamos en este momento su novelina *Katia*. Con qué dominio del corazón humano el patriarca de Yasnaia Poliana nos va mostrando los altibajos de un sentimiento amoroso; cómo nace de la indiferencia y se fortifica y se torna exclusivo y absorbente, cómo se estabiliza en la primera etapa del matrimonio y cómo se transforma cuando aparece la madre en la mujer. Ensueño en el amor de novia, fiebre en el amor de la recién casada, placidez otoñal en el amor de la esposa madre. Primero, aroma casto de jazmines; después, perfume equívoco de alcoba; por último, vaho inocente de pañales y baberos.

¿Y quién puede olvidar la pintura de los celos que llena *La sonata a Kreutzer*? Durante un largo viaje el protagonista, que sospecha de su mujer, lleva el corazón hecho un infierno. Y el lector se contagia: vive las agonías de ese infierno y presencia angustiado la comprobación de las sospe-

chas en una escena final de un patetismo magistralmente logrado.

Vamos ahora a ocuparnos de otros escritores que pertenecen a la misma familia espiritual: de los escritores egotistas. Egotistas porque hacen de su *ego* el ombligo del universo y viven tomándole el pulso a su vida interior. Sienten todos ellos una voluptuosidad casi enfermiza de confesarse en público, de exhibir lo que acaece en lo más recóndito de sus almas. Y porque son egotistas escriben siempre en primera persona.

No basta, empero, hablar de sí mismo para ser egotista puro, para ser egotista en el sentido restrictivo que damos a esta palabra. No basta contar anécdotas de la propia vida, como un aventurero sus andanzas, un calavera sus conquistas, un general sus hazañas. El egotista puro no se queda en lo externo, en la superficie, sino que desciende a las raíces psíquicas de los hechos. No fueron egotistas puros Torres Villarroel, el libertino Casanova, el general Mansilla. Pero sí lo fueron Sócrates, San Agustín, Santa Teresa, Montaigne, Rousseau, Amiel, Sarmiento, Unamuno.

Un abismo separa al egotista puro (tipo introvertido) del vanidoso vulgar (tipo extravertido). Este se aúpa, se empina, para disimular su insignificancia y con el megáfono en la boca grita a todos los vientos las quisicosas de su vida. Aquél — a veces la humildad misma — hace de la introspección su deporte favorito y se confiesa en público con un delicioso impudor y brinda así, de camino, valiosas experiencias psicológicas.

Todo lo que place el egotismo auténtico, disgusta el pseudo egotismo. Disgusta la exhibición del yo como acto de petulancia, de hipertrofia de la personalidad. Molesta esa gente que hace un acontecimiento de sus estornudos, que vive desesperada por la resonancia periodística de sus menores actos. ¿Qué nos importa si el señor Pérez se ausentó para Mar del Plata, si ofreció en el Bristol una comida a media docena de amigotes, si está resfriado, si está por casarse, si lo enviaron a Calamuchita como delegado de la Sociedad X?

El derecho a la confesión pública no es para todos: debe conquistarse. Lo dijo Alfredo de Vigny: "Creo que no hay derecho a la confesión en alta voz antes de ser lo bastante

viejo, lo bastante ilustre, o lo bastante arrepentido como para interesar a toda una nación con los propios pecados”.

Sobre todo, lo bastante ilustre. Paladeamos una flaqueza de Rousseau, una manía de Flaubert, una intimidad de France, un refinamiento de D’Annunzio, pero eso mismo en el señor Pérez no nos interesa.

Coinciden con las palabras del autor de *Servidumbre y grandeza militares*, estas de Rodó: “Creo en el interés de las confidencias literarias cuando ellas son ingenuas y cuando nos guían por los vericuetos de un espíritu escogido. No me parece que se pierda el tiempo refistoleando y sutilizando, con la porfía de un Amiel, en los propios pensares de pensares, cuando esto se hace con sagacidad y con gracia; pero me causa horror pensar en lo que podría llegar a ser este género de literatura personal el día en que se la declarara puerto franco y fuera fácilmente accesible a las tentaciones de la tontería”.

Viene de lejos este repudio a la literatura personal explotada por majaderos. Lo prueban estas líneas de Montaigne, escritas como para evitar confusiones: “Hace ya algunos años que no tengo sino a mí mismo como objeto de reflexiones, que no examino ni estudio otra cosa que mi propia persona, y si a veces mis pensamientos y miras se dirigen a otro lugar, lo hago sólo para aplicarlos sobre mí o en mí, para provecho personal. Y no creo seguir un camino errado si, como se hace con las otras ciencias, sin ponderación menos útiles, comunico a los demás mis experiencias, aunque me encuentre muy poco satisfecho de mis progresos. Ninguna descripción comparable en dificultad ni en utilidad a la descripción de sí mismo”. Añade que este hablar de sí mismo resulta chocante para la mayoría de las gentes, por lo que encierra de vanagloria o de presunción. Sin embargo, no se arrepiente de hacer profesión de esa “viciosa cualidad”, pues cree “que el *precepto de no hablar de sí mismo a nadie debe aplicarse más que al vulgo*”. No debe aplicarse a los santos, “a quienes oímos relatar menudamente las peripecias de sus almas”, ni a los filósofos, ni a los teólogos, ni a él mismo, aun cuando no sea digno — confiesa humildemente — de que se le apliquen esos dictados. Y concluye: “¿De qué habla Sócrates más ampliamente que de sí mismo, ni adónde encamina la conversación de sus discípulos sino a platicar de sus respectivas personas?”.

A propósito de Montaigne, dice Román y Salamero en el prólogo de su concienzuda traducción de los *Ensayos*: “Allí en su “librería”, instalada en el piso segundo de la torre de su castillo, transcurren todos sus días, y casi todas las horas de cada día, dictando unas veces, leyendo y registrando otras sus autores predilectos, *escuchándose vivir, observándose, comentándose y anotándose*”... “Envidiable facultad que pocos poseen y éstos pocos menos aún tratan de perfeccionar ni de cultivar, y medio eficaz cual ninguno de ser en todo momento dueño de sus acciones, de gobernarlas y de gobernarse, y de alcanzar todo el supremo saber que al hombre es dado poseer”. Vive como un caracol, replegado sobre sí mismo, alerta a la percusión de lo externo sobre lo interno. Y es dueño del más fecundo procedimiento de lectura: él ha enseñado el arte de hacer nuestra la ciencia ajena, de convertir en miel propia el polen robado, de fundir en las propias hornallas el pensar y el sentir de los demás. Basta para ello leer, digerir y expresar con olvido. Humanista eximio, entra a saco, como él dice, en los almacenes de Séneca y Plutarco. Recoge abundoso botín y luego lo devuelve. Pero lo que devuelve ya es otra cosa: es Séneca y Plutarco tamizados por su espíritu. “montañizados”. Eso que realizaba con las lecturas, lo hacía también con el vivir. Filosofaba ese vivir. No se limitaba a narrarlo como los egotistas superficiales. En ocasiones descendía a minucias domésticas, o detalles externos y prosaicos. No oculta sus manías, sus flaquezas, sus debilidades, sus limitaciones. Todo esto sirve, sin embargo, para darnos una impresión completa, sin lagunas, de su personalidad.

Con menos cultura, con menos libro, pero con más candorosa y pulcra sinceridad, contó su vida Teresa de Avila, cumbre del egotismo español. Al contar su vida no se limitó a lo anecdótico. Lo más jugoso de su biografía lo extrajo de sus “moradas”, de su “castillo” interior. En el centro de este castillo (transcribimos palabras de Navarro Tomás), “en la morada más rica y secreta, hállase Dios. Dios es la suprema aspiración del misticismo; el acicate es el amor, y el *conocimiento de sí mismo es el camino*. Llégase, pues, a El ahondando en nuestro espíritu, estudiando nuestra conciencia, entrando en nosotros mismos hasta el fondo de este nuestro castillo interior”.

No se trata la Santa a sí misma con excesiva benevolencia: recordando sus mocedades confiesa que había sido muy curiosa y tenido inclinaciones que hoy calificaríamos de coqueterías: le gustaban las galas, las vanidades, el parecer bien, “con mucho cuidado de manos y cabello y olores”. Es continua la falta de piedad para consigo misma. Habla de lo “recio” de su corazón y publica haber envidiado las virtudes de sus compañeras: “he sido tan ruin que no he hallado santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar”.

Como se ve, el egotismo puro es el reverso de la egolatría.

No puede omitirse en un desfile de egotistas, por sumario y trunco que sea, el nombre de Rousseau. También en él ayuntóse la visión exterior con la interior y no anduvo con tapujos para hacerla pública. Las *Confesiones*, libro de vejez, eco lejano y profano de las *Confesiones* de San Agustín, son el balance de su vida. A pesar de sus caídas en la bagatela y en lo doméstico, y en las posibles desviaciones de la verdad — el recuerdo deforma — constituyen un depósito de vivencias psicológicas de valor inapreciable.

El libertino Casanova, contemporáneo de Juan Jacobo, puede admitirse, con un poco de manga ancha, en una galería de egotistas. Si bien en sus *Memorias* lo externo y episódico predominan, como hombre que vive con los sentidos más que con el espíritu, tiene confesiones que lo muestran por dentro y que lo acercan al egotismo auténtico. Dice como Montaigne: “Digna o indigna, mi vida es mi asunto y mi asunto es mi vida”. Y agrega con sabroso cinismo: “He sido durante toda mi vida víctima de mis sentidos; me he complacido en perderme y he vivido continuamente en el error, sin más consuelo que el de saberlo”. Insiste en otro sitio: “Cultivar el placer de los sentidos fué siempre mi principal ocupación: no he tenido otra más importante. Sintiéndome nacido para el bello sexo, siempre lo amé y de él me hice amar mientras pude”. Esa fué su vida: tránsito de una mujer a otra. Y como es frecuente en los temperamentos sanguíneos, la sensualidad de la mesa corría parejas con la sensualidad de la carne. Mezcla los dos apetitos, bajando a confidencias de cocina: “Me han gustado los buenos platos: el pastel de macarrones hecho por un buen cocinero napolitano, la olla podrida de los españoles, el bacalao de Terranova, el humillo de la caza y los quesos cuya

perfección se manifiesta cuando los diminutos seres que allí nacen empiezan a hacerse visibles. En cuanto a las mujeres, siempre he encontrado suave el olor de las que amé”.

No hay tufo de alcoba ni pestilencia de baja cocina en las confesiones de Federico Enrique Amiel. Éste sí fué un egotista cien por cien. El “pensativo” de Ginebra, hermano espiritual de Rousseau, tuvo el valor de tender ante el mundo, escandalosamente, toda su ropa interior, como dice Marañón; concentró su alma “en esa monstruosa marmita sin válvulas que es su *Diario*, donde se quemó a fuego lento e implacable durante toda su vida”. Una vida gris y metódica de solterón abúlico, pero llena de frenos, de inhibiciones, de continencias heroicas.

Como es costumbre entre los egotistas, Amiel se desdobra y conversa consigo mismo. Por ahí se aconseja: “Sigue el orden regular de las cosas, deja que los vivos vivan y tú resume tus ideas y haz el testamento de tu pensamiento y de tu corazón: eso es lo más útil que puedes hacer”.

Salía de paseo. Regresaba cargado de sensaciones de naturaleza y las alijaba en el *Diario*. Iba de visita y, de vuelta, registraba sus impresiones sobre lo conversado y sobre las personas con quienes alternara. Leía un libro y dejaba en el *Diario* su “pespunte crítico”, casi siempre su emoción del libro. El libro era un pretexto para entregarse a la morfina del buceo interior. Dice, refiriéndose a una de sus tantas lecturas: “Este pequeño libro me ha sumergido en ese mundo interior al que vuelvo con beatitud cuando me he alejado de él”. Sobre otro escribe: “Es una joya hecha con piedras finas y cintilante de luz. Mas, a pesar de eso, el corazón no queda satisfecho con su lectura. La novela mefistofélica nos deja tristes... Esas historias de corazón en las que no hay corazón, producen una impresión extraña y penosa”. Y siempre así, a propósito de todo: inmersión en las cavernas del espíritu.

Para terminar, dos palabras sobre un alto egotista moderno, casi nuestro: don Miguel de Unamuno. Su franqueza vasea y su sinceridad profunda, han hecho de él uno de los espíritus mejor perfilados, no obstante sus paradojas, sus aparentes contradicciones. Don Miguel, haciendo suya la salida de otro fino egotista, Angel Ganivet, solía decir que hablaba

siempre de su yo porque su yo era lo que tenía más cerca y, por tanto, lo que mejor conocía.

De un ensayo titulado *Adentro* sacamos estas palabras que presentan de cuerpo entero al egotista genuino: “Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante”.

Para Unamuno, estos descubrimientos no debían quedar inéditos, sino mostrarse a los demás por medio de la confesión pública. Lo dijo en una de sus correspondencias a “La Nación”: “Estoy persuadido de que el más grande paso que puede darse en la íntima cultura, es el de renunciar a la petulancia y confesarse. No esa confesión ritual y metodizada, no la confesión auricular y por minucias y actos concretos, sino la confesión pública de los propios defectos”.

La crítica impresionista que fruteció en el amanecer de este siglo como reverso de la crítica objetiva, impersonal, determinista, explicativa, científica y dogmática, imperantes en el siglo XIX, se apoya en el sujeto. Tuvo, según se sabe, como adalides máximos a Anatole France y a Jules Lemaitre, y como a uno de sus precursores al ginebrino Amiel. El impresionista utiliza el libro como excitante de su vida interior, como un simple pretexto para narrar “aventuras de su alma” para hablar de sí mismo, para exhibir lo que sabe, para confesar lo que ignora. Sobre este punto nada diremos, pues tratado en otro sitio ¹⁾, sería llover sobre mojado.

El análisis interior es el mejor faro de nuestra conducta y nos permite el lujo de una vida dirigida. No sólo interesa entonces al escritor sino a todo el mundo. Aficionados a la charla apajarada y al callejeo sin rumbo, nada nos redime del pecado de frivolidad como el ensimismamiento, como el recogimiento íntimo y la rumiación de nuestros estados afectivos.

La vida interior nos distingue del bruto humano, del hombre medular, y nos conduce hacia la serenidad. Y ya se sabe: el hombre sereno, a la postre, domina al violento, lo sobra, lo arrinconona: “pega, pero escucha”.

1) “Apuntaciones sobre el arte de juzgar”.

¿Y por qué conduce a la serenidad? Porque el análisis interior, como un corrosivo, disuelve los estados pasionales. “El estado común de los corazones — dice Amiel — es el estado pasional, la imposibilidad de ser equitativo, imparcial, accesible, abierto”. El estado pasional — se ve en política — estado sucio del espíritu, convierte en problemas insolubles simples dificultades.

No hay, empero, que exagerar. La introspección prolongada inhibe, anula, afloja la voluntad. Los románticos abusaron de ella y fueron hombres nulos para la acción; fueron, según palabras de Menéndez y Pelayo, “homicidas lentos de su propia conciencia y energía”. Bertrand Russell, pensando en los narcisistas, sostiene que “el interés por uno mismo no conduce a actividad alguna progresiva”. No debemos, por consiguiente, pasarnos las horas en una especie de fakirismo psíquico. Este exceso entra en los límites de lo enfermizo, pues, según el autor citado, una personalidad, si es armoniosa, se proyecta hacia el exterior. “Reconcéntrate para irradiar”, decía Unamuno.

Pero si no se cortan, como se ha dicho pintorescamente, los cabellos en cuatro partes, nada sirve al hombre como la ciencia de sí mismo. El *nosce te ipsum* socrático, apotegma del oráculo de Delfos, es camino de sabiduría, sabiduría en el sentido viejo de la palabra. El sabio, *le sage*, es el hombre que dirige su vida, que la pilotea, que la acomoda a los dictados de su legislatura interior. Es el “filósofo” en la acepción popular del vocablo.

Por no conocerse a sí mismo, por ignorar sus posibilidades y sus puntos débiles, el hombre suele andar con el pie torcido. Fracasa en la vida porque sus actos no conciertan con su verdad interior. Acepta posiciones que le vienen grandes o chicas. Por no conocerse tiene a menudo un concepto falso de su propio valer, las más de las veces un concepto exagerado. De ahí que fuera el mejor negocio comprar a los hombres por lo que valen y venderlos por lo que creen valer.

Porque conoce a los hombres, el caudillo los domina; y sabe de las flaquezas ajenas por sus propias flaquezas. Es un psicólogo intuitivo. Porque conoce a los hombres, el filósofo perdona. También él sabe de las flaquezas ajenas por las propias. Ni la cólera de Aquiles, ni la fuerza de Agamenón.

abatieron la Troya de Príamo, sino la astucia de Ulises, el más psicólogo de los héroes homéricos.

En la vida agitada de nuestros días, más que con objetos chocamos con almas, con el pensar y el sentir de personas que no pertenecen a nuestra familia espiritual. Retornamos a nuestro hogar no sólo con una carga de imágenes, sino con otra de menos fácil desembarazo: con emociones confusas provocadas por el roce con las otras almas. El hombre común se purga de ellas con el billar, con el póker, con la charla vagabunda de sòbremesa... o dejándolas sobre la almohada. El escritor, si son intensas, las rumia, las digiere, las aclara y las escribe. Después de esta elaboración y trasvase, el espíritu queda limpio y tranquilo como primero. No hay amante que así consuele. Queda limpio, pero sólo por horas. Al día siguiente volverá de entre los hombres, si no con la amargura de Kempis, otra vez inquieto y torturado por su ingrátida cosecha de nuevas emociones.

En estos balances nocturnos de las agitaciones del día, de las resonancias que han quedado en el corazón por el choque con las otras almas, no todo ha de sernos favorable. Acaso descubramos en nosotros fallas psíquicas que ni siquiera sospechábamos. Pero no hay — repetimos — que descorazonarse demasiado. Para consolarnos basta pensar que somos fruto de una herencia que no hemos elegido, que estamos todos amasados con el mismo barro, y que también las debilidades y temblores de nuestra carne los sienten los demás. Y que en los bajos fondos del espíritu fraternizan, como marineros borrachos, el santo y el bandido, la doncella y la prostituta.

Carmelo M. BONET